



TIEMPO RECOBRADO

PEDRO  
GARCÍA CUARTANGO

## UNA NOVELA PROHIBIDA

En la obra de Greene hay siempre una confrontación irresoluble entre el deseo y la fe

CUENTA Graham Greene en su autobiografía «A Sort of Life» que el cardenal católico Bernard Griffin le advirtió que había propuesto a las autoridades de Roma que su novela «El final del affaire», publicada en 1951, fuera incluida en la lista de libros prohibidos por la Iglesia.

Cuando estudiaba literatura en el bachillerato en los jesuitas de Burgos, el manual del curso incluía un apéndice en el que figuraba el Index de obras censuradas por la Congregación de la Fe. En él aparecían Descartes, Balzac, Stendhal, Zola, Hume, Nietzsche, Sartre y Gide. También incluía esta novela que tanto había escandalizado a Griffin.

He vuelto a leer estos días la reedición de «El final del affaire», llevada a cabo por Libros del Asteroide, que ha elegido mantener el título literal de la obra frente a «El fin de la aventura» o «El fin del romance» de anteriores versiones en castellano.

Había leído la novela hace casi 40 años y tenía vagos recuerdos de la trama, que narra el adulterio entre un escritor mediocre y una mujer casada con un diplomático. La acción transcurre en Londres durante la Segunda Guerra Mundial. Pero, como suele suceder, la relectura me ha permitido descubrir aspectos que no comprendí cuando era más joven.

«No es posible que exista un Dios misericordioso al mismo tiempo que siento esta desesperación», dice Bendrix, el protagonista de la novela, que en-

cuentra en su sufrimiento un motivo invencible para confiar en que el Ser Supremo pueda tener una influencia en su existencia.

Por el contrario, Sarah, su amante, hace el camino inverso porque se convierte al catolicismo tras la renuncia a seguir amando al escritor. En su caso, la fe opera como una especie de sublimación de un amor desesperado que atrae y repele a Bendrix.

En la obra de Greene, que se había convertido al catolicismo como su personaje, hay siempre una confrontación irresoluble entre el deseo, vivido en el fondo como algo pecaminoso, y una fe que exige la renuncia a una cierta clase de amor.

Confieso que en muchos momentos me ha costado meterme en la lógica de los protagonistas de la novela, atormentados por un sentimiento místico de la vida que se me escapa. Pero he leído «El final de la trama» de una forma compulsiva, sin poder parar hasta la última línea. Más que una conclusión racional, lo que me queda del libro de Greene es la sensación de frustración por la fragilidad del amor, la fugacidad de los momentos felices y la crueldad del destino.

Se puede creer o no creer, pero el dolor y el sufrimiento son iguales para todos. Es difícil hallar las palabras correctas para describir esa suerte de abandono frente a las adversidades de la existencia. Pero todos estamos condenados a movernos en una oscuridad absoluta.

Al leer esta novela y repasar su autobiografía, uno se puede dar cuenta de que Greene fue un escritor de éxito, con una vida apasionante y una gran perspicacia emocional. Pero también que fue profundamente desgraciado y que sufrió decepciones amorosas que le hirieron en lo más profundo.

Su conversión al catolicismo no sólo no le proporcionó certezas sino que agudizó su desesperación porque no podía conciliar el sufrimiento personal con la idea de un Dios bondadoso. Cuando Bendrix descubre la pureza de los sentimientos y la generosidad de Sarah, que acaba de morir, siente que hay un abismo que le traga y debilita su fe.

Greene llega a decir: «no podría creer en un Dios que comprendiera». Y esas dudas son las que hacen más valiosa su apuesta por el catolicismo en un sentido pascaliano. He aquí un libro recomendable para todos los católicos y también para los que no lo son.